



El presente y más reciente libro de Gregory Zambrano, *Cartografías literarias*, traza un dibujo sobre la arena húmeda de la literatura y escribe palabras junto al delineado en un esfuerzo por representar la naturaleza material de la literatura venezolana e hispanoamericana y, más aún, por indagar sobre el comportamiento de un lenguaje repetido de siglos que aún no hemos podido descifrar.

Viajero literario, Gregory Zambrano recorre los territorios de la literatura venezolana y continental con el objetivo de trazar un mapa personal que permita anotar al lado de los dibujos las palabras definitivas que develen tenuemente los misterios sobre los que está edificada. Ulises y Odisea, los mellizos sapientes, vendrán en su auxilio permanentemente, comportando la imagen más clarificadora de su estirpe crítica: la del viajero sin reposo.

Gregory Zambrano es al día de hoy uno de los más comprometidos estudiosos de la obra de Mariano Picón-Salas. Además del mencionado epistolario, ha desplegado una laboriosa investigación doctoral que se tradujo en su libro *Mariano Picón-Salas y el arte de narrar* (2003) y, antes, en *Mariano Picón-Salas y México* (2002). Con dirección hacia esta obra o a partir de ella el autor ha desarrollado un conjunto de artículos y ensayos que modelan la hechura escrituraria del portentoso ensayista merideño, venezolano y americano, una búsqueda por delinear el mapa de una de las pasiones más agudas por comprender lo americano, lo venezolano y lo merideño en sus armonías y disonancias, en sus agruras y dulzores.

ISBN 980652351-2



9 789806 523517

Francisco Javier Pérez

ISBN 980652363-6



9 789806 523630



Cartografías literarias

Gregory Zambrano

Prólogo de
Francisco
Javier Pérez

Cartografías literarias

Gregory Zambrano



el otro  el mismo

GREGORY ZAMBRANO

CARTOGRAFÍAS LITERARIAS

Prólogo de Francisco Javier Pérez

SERIE

UNIVERSIDAD Y PENSAMIENTO



el otro  el mismo

(M
Es
In
D
M
Li
U
D
C
Ib
C
G
H
ve
M
Pr
Ni
Li
Su
pl
Li
fin
est
his
Pi
co
La
Au
M
co
Me
im
(20
Au
Da
su
(20
sec

Cartografías literarias.

Gregory Zambrano. 2008
gzambran@yahoo.com



Co-edición con el CDCHT - ULA, Mérida.

LAS PUBLICACIONES FINANCIADAS POR EL CDCHT-ULA SON SOMETIDAS A UN RIGUROSO PROCESO DE ARBITRAJE POR CALIFICADOS EXPERTOS EN EL AREA. ESTE LIBRO OBTUVO FINANCIAMIENTO, BAJO EL CODIGO PL-H-03-07-06, CORRESPONDIENTE AL PROGRAMA DE PUBLICACIONES DEL CDCHT DEL AÑO 2007.

Colección *Ensayo* **Jesús Semprum**

Serie *Universidad y Pensamiento*

Editor:

Víctor Bravo

Portada:

Joan Miró. *El diamante sonríe al crepúsculo*, 1947.

Diseño de portada y diagramación:

Luis Ruiz

eluisruiz@gmail.com

Impresión:

Producciones Karol, C.A.

Teléfono: 0274 - 252 3870

Mérida, Venezuela.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: LF79420088002074

ISBN: 978-980-6523-63-0

© de esta edición:

Ediciones *El otro el mismo*

Telefax: 0274 244 6820

Mérida, Venezuela. 2008

comalameister@gmail.com

La historia insiste en ser desastrosa,
pero el arte siempre echará sobre ella una luz de felicidad.

Tomás Eloy Martínez

Para

Jean Alejandro Castellano Zambrano
en el amanecer del siglo nuevo

Teresa de la Parra: escritura de la pasión emancipada.

(A propósito de "Influencia de la mujer en la formación del alma americana", "Tres Conferencias", 1930)

Narrar, un acto de provocación

La aparición, en 1924, de *Ifigenia*¹, la primera novela de Teresa de la Parra, suscitó diversos comentarios, muchos de ellos polémicos, sobre el atentado que contra la moral y las buenas costumbres propiciaba la novela. Su protagonista, María Eugenia Alonso, era un personaje reprobable, altanero, inmodesto, incomprensible para la época. Las defensas de la novela tampoco se hicieron esperar. Toda la diatriba giraba en torno de esa joven caraqueña hecha de palabras, sentimiento e inteligencia. Era agraciada, hermosa en la imaginación; además, poseedora de una «clase» como pocas podían derrochar en la provinciana capital de mediados de los años 20. Obviamente, la provocación de esta novela iba envuelta en una puntillosa crítica a un medio donde prevalecía la doble moral, el puritanismo y la hipocresía.

Esa misma sociedad que se mostraba en los pocos pero distinguidos espacios públicos urbanos, y que vociferaba en tono bajo en contra o a favor del régimen que ponía de manifiesto la sospecha de la capacidad auditiva de las paredes; un régimen que mantuvo sumida

a Venezuela en la más larga y brutal dictadura de su historia, la de Juan Vicente Gómez. Cuando en 1929 se publicó—simultáneamente en francés y español— la segunda novela de la autora, *Las memorias de Mamá Blanca*², ya parecían calmadas las aguas. En esta obra el ambiente era más bucólico, el ímpetu de sus protagonistas quizás menos abrupto y sí más lírico, pues resaltaba un equilibrio, una especie de encantamiento entre los personajes, el ambiente y la propia temática narrativa. Dos novelas bastaron a Teresa de la Parra para consagrarse como escritora en Venezuela y repercutir en otros ámbitos de América Latina, quizás mejor dominado por poetas, tales como Delmira Agustini y Gabriela Mistral, ésta última amiga cercana de la novelista venezolana.

Pero también hay que anotar que aunque marginales, olvidadas por mucho tiempo y, sobre todo, polémicas, las tres conferencias que impartió Teresa de la Parra en Colombia en 1930 constituyen un texto fundamental para entender mucho acerca de su personalidad, ideología, formación histórica y estética.

Las "Tres conferencias", no se editaron en vida de la autora sino mucho más tarde³, con el título de "Influencia de la mujer en la formación del alma⁴ americana", y su primera versión fue escrita a finales de 1929 y comienzos de 1930⁵.

¿Por qué Colombia?

La invitación para visitar Colombia e impartir las mencionadas conferencias le llega a París, ciudad donde residía, y fue considerada por la autora como un gran reto. La información contenida en la invitación es reescrita por Teresa en la introducción a la primera de sus tres disertaciones:

Venir a Colombia a hacer una serie de conferencias que versasen sobre mi persona, sobre la historia de mi vocación literaria y sobre mis libros. No me es fácil explicar a ustedes en qué estado de perplejidad me dejó tan sugestiva y tan peligrosa invitación. Como

hasta entonces nunca había hablado en público, me sentí durante varios días en pleno mar de dudas y de tentaciones. Daba vueltas, y más vueltas al dilema: ¿Cómo hacer una conferencia? ¿Cómo asumir el papel de autor presente ante un público, que, si me quería de lejos, era quizás por esa misma circunstancia de no haberme visto nunca de muy cerca? ¿Y la vocación literaria tan intermitente y tan frágil. Pero por otro lado la idea de atravesar el mar durante largos días de paz, remontar quizás muy lentamente el Magdalena y a lo largo de la selva y de los Andes llegar a tantas ciudades familiares y soñadas me llenaba el alma de exquisitas inquietudes⁶. La ocasión era propicia, pues además, la carta era firmada por Alcides Arguedas, según sus palabras, “exquisito escritor y Ministro de Bolivia en Colombia” (p. 88).

Luego de impartir las conferencias en Bogotá y de acceder a repetir el ciclo debido a la aceptación y el interés que suscitaron, inició su periplo que la llevó en el mismo plan de conferencista a Barranquilla, Medellín y Cartagena de Indias. Como comenta María Fernanda Palacios al establecer el texto de las conferencias, el itinerario colombiano no es muy preciso, y por “los apuntes y las cartas podemos concluir que llegó a La Habana hacia abril del año 30, donde permaneció algún tiempo en la casa de Lydia Cabrera y su madre; luego de un trayecto de cuatro días aproximadamente, llegó a Colombia. Posiblemente fue Bogotá la primera ciudad donde leyó sus conferencias; en todo caso allí, a petición del público, tuvo que repetir todo el ciclo; sabemos que durante su gira fue a Santa Marta donde visitó San Pedro Alejandrino, que conoció Tunja, que en Barranquilla leyó quizá la primera conferencia, que en Medellín, después de leerlas todas, repitió la segunda y que posiblemente concluyó su gira en Cartagena de Indias, leyendo, también allí, su segunda conferencia⁷.”

Cualquier lector precisará en estas conferencias, su pasión por el

lenguaje, su interés por los temas históricos, su postura en torno a la necesidad de reivindicación social, política, económica y laboral de la mujer, todo esto marcado por su impecable estilo literario⁸. Estas conferencias, aun cuando obedecen a una especie de paraliteratura, fueron los últimos testimonios de la escritura literaria de Teresa. Su temprana muerte fue antecedida apenas por anotaciones en un diario de convaleciente que no tenían, a pesar de su sello estilístico, consciencia de literariedad. Sin embargo, con respecto a estas conferencias, al decir de María Fernanda Palacios, “no queda a un lado su facultad narrativa; en ellas su intuición histórica la llevó a evocar, reconstruir y fabular las imágenes del mundo de esa novela que no llegó a escribir. Por todo esto parecería doblemente interesante reconstruir en lo posible no sólo el texto sino el proceso o las fases por las que pasó⁹.”

La escritura de textos de esta naturaleza, que presuponen a un escucha más que a un lector, guardan esa direccionalidad que se centra en lo espontáneo, en lo inmediato. Ya no podemos pensar solamente en el tipo de receptor que las conferencias tuvieron, sino en el modo cómo esos textos pueden ser repasados mucho después de haber sido leídos —quizás algo tiene que ver el hecho de que estas conferencias duraran inéditas por bastante tiempo— Ahora se prestan a interpretaciones sobre la base de la escritura y no sólo de su impacto oral. Como afirma Lisa Block de Behar: “El lector es un intérprete del texto: lo entiende, lo realiza, lo «realiza» porque lo entiende. Aun cuando en el texto se trame un sentido suficientemente claro y llano, el lector sospecha de la claridad y simpleza (su función es interpretar), de ahí que aborde el texto con la misma actitud inquisitiva de quien se dispone a resolver un *enigma*, a descubrir un sentido secreto, una relación disimulada, la ambigüedad elusiva¹⁰”

Teresa de la Parra ancla sus ojos en el punto de partida de la conquista hispánica de América: la significación de la reina Isabel, que pasa por su vista como un eslabón decisivo en desenvolvimiento

de los acontecimientos que vendrían después y en los cuales muchas mujeres tendrían un papel preponderante. Todo su recuento histórico está elaborado en dosificados micro relatos que revelan, por un lado, una lectura sensible de la historia de la conquista como proceso y luego va más hacia el detalle, como por ejemplo el entresacado fresco del papel que jugó doña Marina en el contacto de la cultura hispánica con la indígena. Para ello visita a los cronistas. A Bernal Díaz del Castillo le concede el mejor y más detallado cuadro de la reconstrucción histórica. Rescata de su escritura el estilo y la vivacidad, como si el suyo se tratara de un "relato bíblico", que llega al tono de lo sublime en torno a la trayectoria de doña Marina. Al relato de este cronista opone el de López de Gómara (llamado por ella solamente Gómara) a quien no consideraba un hombre de letras sino solamente un "tosco soldado", que gastó muchas palabras en contar detalles menos significativos o de poca importancia, y que además, se encuentra entre aquellos letrados y conocidos escritores que "han alterado la verdad al escribir las crónicas sobre la Conquista de la Nueva España" (I, p. 29).

En esta primera conferencia la autora se concentra en desentrañar los hitos fundamentales de la historia americana desde la llegada de los conquistadores españoles. En ese tránsito, destaca la participación de la mujer que en contacto con una nueva realidad, una nueva lengua y unas formas diversas de ver y concebir el mundo, dieron su aporte, muchas veces, o las más de las veces, dejado de lado por los registros históricos. Desde su sensibilidad y desde su conciencia de lo histórico, Teresa de la Parra da cuenta del papel desempeñado por esas mujeres. En este primer acercamiento no está ausente cierto romanticismo que la vuelve hacia el pasado próximo y, aprovechando la coyuntura del entorno colombiano en que se encuentra, alude a Jorge Isaacs, quien se representa secretamente entre los pasos de sus protagonistas más célebres, María y Efraín.

Como se ha advertido, los ejes que motivaron esas conferencias

solicitadas eran: sobre su persona, sobre la historia de su vocación literaria y sobre sus libros. En torno al primer aspecto, la novelista entra en el conflicto de asumirse como autora en un contexto que busca en ella no sólo su imagen sino la expectativa sobre la mujer que se oculta detrás de su obra "¿Cómo asumir el papel de autor presente ante un público, que, si me quería de lejos, era quizás por esa misma circunstancia de no haberme visto nunca de muy cerca?". En medio de esa confesada «perplejidad» ante la invitación, accede a compartir con su audiencia, en resumen, los hitos o, mejor, el proceso de esa perplejidad.

La segunda de esas instancias, la de la vocación literaria, resulta de gran interés por cuanto la sitúa ante la autoconciencia de la escritura, es decir, leerse a sí misma como autora. Lo que ella concibe como vocación literaria lo resume como una «responsabilidad», que se desdobra en una especie de otredad de la cual la autora se deslinda: "Fuera de nombre, que ha quedado como por distracción en las portadas impresas, no reconozco ya nada de mí en mis novelas. Escrita la primera por una muchacha de nuestros días, de quien nadie sabe aún el paradero; redactada la segunda por una Abuela ya muerta, quien fue en su vida hospitalaria y cariñosa como tantas otras que estas ciudades buenas de América guardan aún bajo sus techos de tejas, tales relatos o novelas no tienen a mis ojos más autoras que esas dos ausentes. Situadas en los extremos opuestos de la vida, se quedaron algún tiempo conmigo, me contaron sus ansias de vivir la una, su melancolía de haber vivido la otra, y terminadas sus confidencias se fueron discretamente a tiempo de editar los libros" (I, p. 18).

Y con respecto al tercer requerimiento, al cual considera de mayor importancia, dedica el más largo y profundo desarrollo, a saber, la «tesis» de *Ifigenia*, su primera novela, en la cual traduce mucho de las ansias y aspiraciones de desarrollo e igualdad de la mujer en un clima enrarecido por el autoritarismo paternalista, que parte desde el interior de su familia y que podría leerse como un reflejo velado o

proyección del “orden autoritario” que imperaba en la Venezuela de los años veinte. María Eugenia Alonso, la autora del diario, que escribe como consecuencia del fastidio es una indagatoria inteligente, irónica, humorística y cómica a veces¹¹. Teresa subrayaba al respecto: “Son ya muchos los moralistas que con amable ecuanimidad los más o con violentos anatemas los menos, han atacado el diario de María Eugenia Alonso, llamándolo volteriano, pérfido y peligrosísimo en manos de las señoritas contemporáneas. Yo no creo que tal diario sea tan perjudicial a las niñas de nuestra época por la sencilla razón de que no hace sino reflejarlas” (I, p. 18).

Esa conciencia del reflejo, de lo especular, es un elemento constante en esa novela, que no sólo muestra el “reflejo” de la sociedad sino que, desde el punto de vista de la individualidad, nos va a presentar la percepción de la mujer por sí misma a través de la conciencia de lo corporal, de la sensualidad y el erotismo. María Eugenia frente al espejo reafirma su individualidad y con ello su vocación de libertad frente a los otros¹². Eso tiene que ver directamente con los cambios que con cierta rapidez van a registrarse en la sociedad, motivados principalmente por los adelantos técnicos: entre ellos, la comodidad del automóvil y del cinema, pero sobre todo, a la cobertura parcial y elitescas de la prensa que se iba a oponer a la radio, que —al decir de Teresa— todo lo impregna: “Para que la mujer sea fuerte, sana y verdaderamente limpia de hipocresía, no se la debe sojuzgar frente a la nueva vida, al contrario, debe ser libre ante sí misma, aunque no sea madre de familia, e independiente pecuniariamente por su trabajo y su colaboración junto al hombre, ni dueño, ni enemigo, ni candidato explotable sino compañero y amigo” (I, pp. 18-19).

La defensa de la libertad, el acceso al conocimiento y a responsabilidades fuera del hogar constituyen las alternativas que en su opinión debían concedérsele a las mujeres. Esto tiene mejor fundamentación en el cuestionamiento que hace la escritora de la “sumisión y pasividad impuestos a la fuerza”. Decía la autora: “Los

verdaderos enemigos de la virtud femenina no son los peligros a que pueda exponerla una actividad sana, no son los libros, ni las universidades, ni los laboratorios, ni las oficinas, ni los hospitales, es: la frivolidad, es el vacío mariposeo mundano con que la niña casadera, o la señora mal casada, educadas a la antigua y enfermas ya de escepticismo, tratan de distraer una actividad, que encauzada hacia el estudio y el trabajo, podría haber sido mil veces noble y santa” (I, p. 19)¹³.

Sin embargo, no deja de ser paradójica su opinión con respecto a la conducta que ella misma pone sobre el tapete en torno al sufragismo, que en aquella época era un derecho ejercido sólo por los hombres¹⁴. En este punto reconoce —y entonces la libera su propia ironía— que “las mujeres debemos agradecerles mucho a los hombres el que hayan tenido la abnegación de acaparar de un todo para ellos el oficio de políticos. Me parece, que junto con los obreros de carbón, es uno de los más duros y menos limpios que existen ¿a qué reclamarlo?” (I, p. 19).

Con estas aclaratorias, vistas en conjunto como un punto de apoyo a su visión del mundo, subyacente en las novelas, ella misma declara que su feminismo es «moderado», y a sabiendas de que tiene entre sus manos un tema delicado, emprende una justificación histórica al panorama que pretende articular: “el de los nuevos derechos que la mujer moderna debe adquirir, no por revolución brusca y destructora, sino por evolución noble que conquista educando y aprovechando las fuerzas del pasado” (I, p. 19)¹⁵.

Y de allí arranca la saga de las mujeres que fueron articulando el entramado de decisivas intervenciones, aquellas mujeres cuyas “vidas humildes llenas de sufrimiento y de amor, no se relatan. Apenas se adivinan. Casi todas son indias y están bautizadas con nombres castellanos. Muchas son princesas. Se llaman las más ilustres: doña Marina, doña Catalina, doña Luisa, doña Isabel la guaiquerí madre de Fajardo, el conquistador de Caracas; la otra doña Isabel, mater

dolorosa del inca Garcilaso; y otras y otras, pobres esclavas o herederas de cacicazgos que comparten con sus maridos blancos el gobierno de sus tierras y junto con el don de mando les enseñan a usar los zaragüelles¹⁶ de algodón, la sandalia de henequén¹⁷ y el sombrero de palma” (I, p. 23).

El papel de las mujeres en el liderazgo de la construcción del “alma criolla”, como lo llama la autora, pasa por unificar un mismo proceso político que tendría matices en lo que poco después fueron los estados nacionales independientes, y un mismo desempeño que une las geografías con una misma tradición de carencias y silenciamientos. La visión de Teresa en torno a la participación de las mujeres en estos hechos es procesual, romántica a veces, un poco nostálgica en medio de su afán de justicia histórica: “Las de las conquistas: son las dolorosas crucificadas por el choque de las razas. Las de la colonia: son las místicas y las soñadoras. Las de la independencia: son las inspiradoras y las realizadoras. En México, en Bogotá, en Lima, en Quito, en Caracas, en Buenos Aires, en La Habana siguen idéntica evolución. Parecen moverse en la misma ciudad, son vecinas del mismo barrio, son hermanas. Sí Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, Ecuador guardan su largo martirologio de heroínas realizadoras y amantes” (I, p.)¹⁸.

**“A través de lo poco que se dice se adivina
mucho de lo que no se cuenta”**

Quizás por las pasiones y las polémicas que suscita la figura de doña Marina [en ningún momento la llama “La Malinche”], al decir de Marga Russotto, “Símbolo de la mayor traición y bajeza y estereotipo denigratorio en el habla popular mexicana, para Teresa de la Parra ella representa el «otro» proceso civilizatorio que subyace al pavor de la conquista: la portadora de la fusión de las razas, el primer mediador cultural de nuestra historia y de nuestra lengua”¹⁹. Teresa se ocupa de detalles, con la delectación de narradora que la

caracteriza, con la sutileza que da importancia a los pequeños detalles, plenos de significación. Se detiene en ellos y ofrece una visión comprensiva, plástica, de la importancia que doña Marina tuvo en la conquista de México. Indaga precisamente allí donde su intuición de lectora atenta presume el silenciamiento, la omisión o la superficialidad con que la historia —a partir de los cronistas— trata a esta figura emblemática.

Teresa coloca junto al recuento bélico, de soldados y batallas, la importancia de las mujeres que, escondidas entre los pliegues de esos grandes relatos, muchos de ellos verdaderamente épicos, escriben también su historia: “La concordia, obra casi siempre de mujeres, es anónima; carece de elementos trágicos; no ofrece material para hacer epopeyas y la felicidad que es poco brillante, no se perpetúa en los libros sino en los hijos, en la fusión fraternal de las razas y en la bondad humilde de la costumbre que va limando las asperezas de la vida hasta hacerla sonriente y grata” (I, p. 26).

De ahí parte la simpatía explícita que en ella despierta esta mujer “entrometida y desenvuelta”, al decir de Bernal Díaz del Castillo y que, según Teresa, “obedeciendo a imperativos revolucionarios iniciaba en alas de su amor la futura reconciliación de las dos razas e iniciaba además en América aunque en forma muy rudimentaria aún la primera campaña feminista” (I, p. 27).

Después de ese largo paréntesis en que convoca a los cronistas e historiadores, a su sensibilidad de mujer y a su precisión de narradora, Teresa cierra este primer hito en la valoración de la mujer para refrendar la historia de doña Marina, a quien ella considera “la flor de la narración que no es propiamente una historia sino algo mucho más alto y más bello: un romance en prosa” (I, p. 27).

¿Y de dónde parte y se revivifica el relato y la recuperación de los hitos si no es de la escritura? El doble proceso que significa decodificar los mensajes ocultos en la escritura de la historia muestra en ella la pasión por decir; su concepción de lo histórico cabalga entonces

sobre su propia asunción de la palabra escrita, la cual va en pos de su verdad, es decir, de la que construye en su propia lectura: “mientras que la verdad de los historiadores es relativa, la verdad de la tradición o historia de los no historiadores es absoluta, porque se acerca más a la realidad y se acerca con más gracia. Además la tradición se va. Hay que quererla doblemente por su utilidad ideal y porque está condenada a muerte. La imprenta la ha ido devorando. La memoria no se esfuerza en retener lo que ya está escrito y si lo retiene es imitando la forma impresa. Nadie podría ya narrar un hecho como Bernal Díaz o como los autores anónimos de las saetas que escribían no como se escribe sino como se habla” (I, p. 32)²⁰.

Y como acercando dos geografías con un pasado esplendoroso y sobre todo con figuras femeninas de indiscutible vigor histórico –y hasta casi mítico– Teresa se centra en la vida de la ñusta Isabel, “nieta y sobrina de los últimos reyes peruanos [y que] terminó sus días en el abandono”, a la madre del inca Garcilaso dedica entonces un emotivo recuento que va marcando pautas fundamentales de su historia –que es familiar y que es política– una vez que Garcilaso, el padre, debió abandonar el Cusco para sumarse a las fuerzas del virrey Núñez de la Vela cuando estalló la guerra a muerte contra la fuerza de Gonzalo Pizarro.

Una mirada femenina detrás de la celosía

La segunda conferencia da continuidad histórica a la primera, es decir, vuelve al recuento del proceso de fusión cultural entre España y América, pero de una manera muy particular y personal lo feminiza. Habla de la Colonia como si se tratara de un cuerpo vivo que se ha ido nutriendo de días, es decir, de muchas historias. La palabra y la escritura dan el ritmo a esa recuperación del pasado que –según su visión del proceso– no ha muerto sino que se ha transformado bajo la mixtura de muchas voces: “Para hablar de la Colonia hay que tomar el tono llano y familiar de la conversación y de los cuentos: el

tono que toma la abuela de palabra fácil que vivió mucho y leyó muy poco; o el que toma el negro viejo que adherido siempre a la misma casa o a la misma hacienda, confunde entre imágenes sus propios recuerdos con el recuerdo de cosas que otros le contaron. Para hablar de la Colonia es preciso narrar, es preciso hablar a menudo de sí mismo [...]” (II, p. 37).

Teresa expone su fascinación por lo que ha leído, y más aún por lo que aprendió de oídas. Transmite ese impacto de un modo que podríamos llamar revelador. Es decir, lo que menos importa es la anécdota, lo que privilegia es el efecto del pasado en su presente; no por ello desea haber vivido en la colonia, con todo lo que la valora y admira; está plena y agradecida –según confiesa– con todo lo que encierra el tiempo que le ha tocado vivir, y aquí está la vuelta de tuerca en su mirada hacia la herencia colonial: se opone a sus valores estáticos; de esa Colonia «recuperada», de la cual ella se siente heredera, es que surge su impulso revolucionario, su voluntad de cambio: “En lo que me concierne debo decir que casi toda mi infancia fue colonial y que la necesidad de reaccionar contra ella en una edad en que todos somos revolucionarios tanto por espíritu de justicia como por espíritu de petulancia fue la causa que me impulsó a escribir” (II, p. 38).

Así, bien situada en el reconocimiento de que toda revolución lleva implícitamente su propia reacción, reconoce que la esencia de la Colonia, que no se borra con los perfumes del cambio independentista, siguió latente; su transformación sería más lenta y natural tal vez. Así como antes había expresado José Martí de que una vez concluida la independencia la colonia había seguido viviendo en las mentalidades, Teresa de la Parra señala que “La independencia como toda revolución o cambio brusco, sólo alteró cosas exteriores. El espíritu colonial siguió imperando a través de todo el siglo XIX hasta alcanzarnos. Enemigo en la práctica de las ideas revolucionarias, fuentes de la independencia, vivió en contradicción con su propia obra” (II, p. 38).

Ya se ha advertido que la visión de la historia que tiene Teresa de la Parra no soslaya el encanto, la fascinación que en ella despertó el modelo colonial que como una atmósfera conoció desde que era niña. Igual sucede, ya en lo menos abstracto, con la presencia de una monja que era para ella la imagen de ese eslabón que unía pasado y presente, Colonia y República. Todavía sin conciencia de la Historia, en su propia percepción como la niña de entonces, y su valoración como mujer adulta, maneja las dos instancias que sirven de soporte a su visión, un poco paradójica a veces, entre la mujer de la Colonia y la republicana.

En su admiración por la monja recae su propia mirada hacia el pasado. Para ella las monjas eran: “las amantes del silencio, las eternas sedientas de vida interior y, aunque parezca contradictorio, las precursoras del moderno ideal feminista” (II, p. 40). En medio de las paradojas, y de lo que representa la recuperación de un paso que pretende ser borrado por medio de la negación, no todo para ella debía quedar en ese pasado condenatorio, y no por ello era menos revolucionaria.

Creo que esa perspectiva es más dialéctica que ecléctica porque sustenta una visión de cambio dinámico, procesual y no solamente el cuestionamiento de lo abrupto que fue la transición independentista. Su conclusión es positiva: “Digan lo que digan sus detractores, es una época valiente, inquieta, inteligente, generosa y tolerante en el sentido de que acoge con idéntico ardor una tras otra todas las intolerancias”.

Teresa de la Parra acerca su visión abierta hacia los símbolos que en la América colonial adoptaron las vidas enclaustradas con el propósito de vivir más cerca de Dios y de los libros, como el caso tan célebre, que Teresa alude de Juana de Asbaje en el México virreinal, o de la Madre Castillo, la clarisa de Tunja.

Teresa de la Parra va a la Colonia nuevamente como frente a un espejo, en su tradición espera verse reflejada. Tras la celosía de los

conventos observa cómo aquellas monjas ven pasar el tiempo y con él los cambios. Pero ella se aferra a lo que posee, a aquello en lo que se reconoce: personas, ciertos hechos, los recuerdos; todo esto son instancias donde asume una deuda, la del “cariño casi místico que siento [...] por la vieja tradición criolla que se va” (II, p. 51)²¹.

En vísperas de la insurgencia

La tercera conferencia, que se centra en la “Influencia decisiva y medio oculta que van a tener las mujeres en la Revolución o Guerra de Independencia”. En ésta prevalece el pulso sostenido de la narradora. La evocación de espacios y objetos se corresponde con la parsimonia de una mirada que se va posando sobre los detalles, creando un *tempo* que mezcla elementos de la realidad con la ficción.

En medio de esa atmósfera definitivamente narrativa, Teresa de la Parra comienza a situar los hechos históricos, y lo hace, precisamente, comentando el impacto que tuvo en las colonias de América la expulsión de los jesuitas en 1767. Este hecho se encuentra entre los puntos de partida de la insurgencia independentista. En este marco fue importante la participación de las mujeres: “En América, las mujeres seguían llorando en los ausentes a sus hijos, a sus hermanos, a sus directores de conciencia. Las demás órdenes religiosas mal preparadas para ejercer la dictadura espiritual por menos sutiles y por ser rivales, responsables hasta cierto punto de la expulsión, no llegaron a ocupar nunca el lugar que dejaba vacío la Compañía de Jesús” (II, p. 61).

Las mujeres desempeñaron un papel fundamental también con respecto al resguardo y circulación de los libros prohibidos; Rousseau, Montesquieu, Voltaire, andaban de mano en mano bajo el control y el celo de las mujeres que siempre encontraban la manera de burlar la censura de las autoridades coloniales: “Pasarse el secreto de los libros prohibidos era un *sport*. Leerlos era una delicia, no por lo que dijeran sino porque los prohibía una autoridad que no penetraba en

la conciencia. A fin de cuentas era el contagio inevitable y virulento de la Revolución Francesa que transmitía la misma España y que respondía en América a cambios y reformas urgentes a la dignidad criolla” (II, p. 62).

Teresa de la Parra tiene muy claro que no se trata solamente de hablar sobre esas mujeres nombradas por la historia, que ya ocupan un lugar preponderante en cada uno de los países donde combatieron y en muchos casos, ofrendaron sus vidas, de lo que se trata es de reivindicar a esas “mujeres anónimas, a las admirables mujeres de acción indirecta a quienes quisiera rendir el culto de simpatía y de cariño que merece su recuerdo” (III, p. 63).

En esta conferencia gira el timón para dejar que su imaginación se remonte; por este medio reconstruye instantes llenos de vivacidad y colorido; se vuelca hacia los años de infancia, formación y primera juventud de Simón Bolívar²². En ese entorno, destaca la presencia relevante de aquellas mujeres que fueron compensando la carencia materna y, al mismo tiempo, ayudando a definir su personalidad; en primer lugar la Negra Matea, su nodriza; luego, María Teresa Rodríguez del Toro, quien fuera su esposa durante apenas seis meses. Luego de la muerte de su esposa, Bolívar retorna a Europa; en París es su prima Fany de Villars, quien le ayuda a superar el trauma de su prematura viudez. Fany de Villars aparece como el eslabón que une el dolor, la tristeza y el abandono del futuro Libertador, con su propio ímpetu. Ella ayuda a que despiertan en él sus ánimos de vivir y proyectar una empresa grande. Los mismos ánimos que lo llevaron de nuevo a la presencia modeladora de su maestro Simón Rodríguez, y al estímulo que la pasión por América le revela Alejandro de Humboldt. Este nuevo impulso lo hace retornar a Venezuela; lejos se quedan los días de bohemia, desvelo y despilfarro de joven rico y viudo prematuro. Bolívar retorna al puerto de la Guaira y, escribe Teresa: “Hacia uno de los más bellos destinos que haya tenido en la Historia hombre alguno” (III, p. 73).

La identificación afectiva que mueve la autora hacia el personaje, hace que ella misma sienta y exprese sus motivaciones para esbozar su plan de escribir una biografía sentimental de Bolívar, que nunca se hizo realidad²³. Y por supuesto, no podía faltar la importancia que tuvo en vida de El Libertador la figura de Manuela Sáenz, Manuelita, La Libertadora del Libertador, como se le conoce en la Historia: “La figura de doña Manuelita es en extremo interesante no sólo por su lado pintoresco sino porque representa, si bien se analiza, el caso de la protesta violenta contra la servidumbre tradicional de la mujer a quien sólo se le deja como porvenir la puerta no siempre abierta del matrimonio. Mujer de acción, no pudo sufrir ni el engaño ni la comedia del falso amor. Hija de la revolución, no escuchó más lenguaje que el de la verdad y el del derecho a la defensa propia. Fue la mujer *après guerre* de la Independencia. Predicó su cruzada con el ejemplo sin perder tiempo y sin dejar escuela” (III, p. 74).

En la historia de América, la figura de Manuela Sáenz “el más accidentado y pintoresco” de los amores de Bolívar, se debate entre la admiración y el estigma; entre la devoción y el rechazo. Teresa la ve con ojos de justicia; la valora, la destaca. Su fuerza y valentía, su arrojo y decisión; pero sobre todo su fidelidad, primero al hombre que decidió seguir, y luego a su recuerdo cuando éste ya había dejado el mundo. Manuela fue un prototipo, en medio de la adversidad del momento histórico que le tocó vivir. En breves trazos, no sin matices épicos, Teresa de la Parra relata los hitos más importantes de la vida de esta libertadora quien murió desterrada, pobre y abandonada, vendiendo jarabes en el pequeño puerto de Paíta, en el Perú. Manuela es valorada en la justa dimensión de su dignidad: “Llevando así con orgullo hasta la vejez su título de Libertadora, doña Manuelita aparece como el tipo de la mujer fuerte. Personal y rebelde se fabricó ella misma su código de moral y dentro de él fue consecuente y fiel hasta la muerte. Algunos hallarán paradójica esta afirmación tan contraria a la opinión corriente y habrá quien se escandalice por ella. Pero que aquel que estando en la miseria sea capaz de renunciar a una herencia

por rendir culto a un recuerdo que le tire a doña Manuelita la primera piedra” (III, p. 78).

A las mujeres de la Colonia las llama Teresa místicas y soñadoras; y en homenaje a ellas reconstruye un mosaico vivo por donde se cuele la anécdota y el testimonio de los testigos cercanos. Ella es la escucha y al mismo tiempo la escritura, la que redefine los contornos de aquellas mujeres refundidas en el presente. Su mirada desparrama su simpatía al instante en que valora los complejos legados de la Colonia, esa Colonia nuestra, la de todos, la que se quedó guardada aquí para regalo de los caminantes, la que supo ser una siendo múltiple lo mismo que los grandes misterios sagrados de religión y de amor” (III, p. 84).

Las mujeres de la Independencia, se reafirman como artífices eficaces de los cambios que, con las armas o sin ellas, encontraron la ocasión y la pertinencia de su desempeño. En medio de esas coyunturas históricas, Teresa de la Parra revive, junta los pedazos dispersos del fresco histórico, y con su «lengua viva», que es pasión por la escritura, plasma esa devoción por aquellos hitos del pasado que, en su juicio y valoración, ayudaron a forjar su presente.

Notas

¹ Teresa de la Parra, *Ifigenia; Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, prol. Francis de Miomadre, París, Editorial Franco-Iberoamericana, 1924, xv, 523 p.

² Teresa de la Parra *Las memorias de Mamá Blanca*, París, Editorial Le Livre Libre, 1929, 285 págs., y *Mémoires de Maman Blanche*, trad. Francis de Miomadre, París, Librairie Stock, 1929, xi, 223 págs. (Le Cabinet Cosmopolite; 36).

³ La primera edición apareció en Caracas, Ediciones Garrido, 1961. A partir de ésta se hicieron las de sus *Obras completas*, Caracas, Editorial Arte, 1965 y *Obra*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982. Para estas notas utilizo la edición del texto establecido, presentado y anotado por María Fernanda Palacios, con el título de “Influencia de la mujer en la formación del alma americana”, en Teresa de la Parra, *Obra escogida*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (2 tomos). Las conferencias en tomo 1, pp. 11-97.

⁴ Hay una serie de divagaciones de la misma Teresa en torno al prospecto unificador de las tres exposiciones, se decide por utilizar el término «alma» por considerar que ésta reúne la naturaleza común de la cultura americana.

⁵ Según la noticia de María Fernanda Palacios en la introducción de las conferencias, p. 13

⁶ Teresa de la Parra, «Primera conferencia», p. 16. En lo sucesivo me referiré a las conferencias en su orden respectivo utilizando números romanos I, II y III, anotando a continuación la página correspondiente en la edición citada, n. 3.

⁷ María Fernanda Palacios, introducción, p. 15.

⁸ Hay que advertir, sin embargo, que no hay en ellas un desarrollo de sus ideas feministas, sólo un punto de vista que está en sintonía con diversos planeamientos subyacentes en sus novelas. Como bien afirma Douglas Bohórquez: “[...] el problema del discurso de la mujer en *Teresa de la Parra* exige una comprensión dialógica y debe ser visto a partir de lo que constituye su aventura creadora fundamental: la generación de nuevas formas narrativas, estético-literarias, que se oponen críticamente a la tradición y le permiten proponer un nuevo lenguaje de la mujer y correlativamente una nueva visión de la cultura venezolana. Sin la emergencia de una nueva estructura literaria, de una nueva textualidad literaria, este nuevo discurso de la mujer, esta *voz femenina* no hubiera podido articularse”, Teresa de la Parra. *Del diálogo de géneros y la melancolía*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana-CDCHT-Universidad de Los Andes, 1997, p. 97.

⁹ María Fernanda Palacios, texto introductorio a las “Conferencias”, edición citada, p. 14.

¹⁰ Lisa Block de Behar, *Una retórica del silencio. Funciones del lector y procedimientos de la lectura literaria*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1994, p. 176.

¹¹ El aspecto temático tan polémicamente discutido como propuesta ideológica o tesis de la obra, entra en sintonía con el problema formal, es decir, la distancia aparente que se produce entre la escritura de una novela que es al mismo tiempo «diario», «confesión», «carta». Como bien lo expresa Osmar Sánchez Aguilera: “La problemática de su encauzamiento genérico, tematizada en su discurso, pone de manifiesto la tensa relación del texto con la institución literaria, a través de la convención de los géneros. Primero como carta y luego como diario (adelantado en el subtítulo), producidos además por una escritora «amateur», *Ifigenia* discurre por los márgenes de aquella institución. Fluctúa entre su aceptación y su rechazo”, “Escrito al margen: *Ifigenia*”, *Iztapalapa, Revista de ciencias sociales y humanidades*, núm. 37, jul-dic, 1995, p. 132.

¹² Como bien lo ha afirmado Douglas Bohórquez: "A la palabra autoritaria, fría y racional del poder de los hombres, María Eugenia opone la palabra de su cuerpo, su sagacidad de mujer, su inteligencia lúdica, emotiva, intuitiva. Se trata para esta heroína de destino trágico, de la búsqueda de un discurso y de una libertad que sólo la escritura de la carta y del diario, en los límites de su habitación, de su intimidad, parecen otorgar o propiciar", *op. cit.*, pp. 98-99.

¹³ La contradicción presente entre los modelos educativos tradicionales y los impuestos por las tendencias «modernas» no siempre era encauzada de manera provechosa, en muchos casos, los efectos eran contraproducentes; como lo ha señalado Mágina Russotto, "La educación de la mujer puede servir de modelo privilegiado para mostrar la tendencia a la perversión de los modelos ilustrados europeos cuando se aplican en América Latina. Transplantados en suelo americano, a la hora de su realización concreta, pueden invertir su propósito y llegar a estimular nuevas formas de exclusión y sometimiento, en vez de la ansiada liberación", *Tópicos de retórica femenina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1990, p. 25.

¹⁴ Es hasta el 15 de mayo de 1945, cuando en Venezuela el presidente Isaías Medina Angarita aprueba las reformas constitucionales que, entre otras, autoriza el voto de las mujeres, que pasan a ser elegibles y elegidas.

¹⁵ Es polémica la filiación de Teresa de la Parra al feminismo como militancia, creo que sería más pertinente valorar sus aportes revolucionarios en lo ideológico y en lo artístico a partir de lo literario. Coincido con Douglas Bohórquez cuando afirma: "La aventura de Teresa de la Parra es pues una aventura literaria. Su compromiso inicial y el que reiteran todos sus textos es en el orden de la creación literaria, y no específicamente en el orden del activismo por la defensa de los derechos de la mujer", *op. cit.*, p. 97.

¹⁶ Pantalones anchos, no muy bien elaborados, utilizados principalmente por los labradores de Murcia y Valencia.

¹⁷ Henequén es el nombre de una planta americana, llamada también «pita». Tipo de Agave.

¹⁸ En una nota a la versión del Ms., que fue descartado por Teresa, María Fernanda Palacios señala los nombres que esa enumeración encierra: "Paola Salvatierra, la mártir colombiana, Manuela Pedraza, la Tucumana, Antonia Santos, Luisa Arismendi, Manuela Sáenz; es a Méjico y al Perú donde he ido a buscar hoy dos humildes [flores] indígenas como prototipos de las primitivas dolorosas". Véase la nota 52 de la Primera Conferencia, p. 92.

¹⁹ Russotto, *Tópicos de retórica femenina*, p. 36.

²⁰ Más recientemente, en esa misma línea ha escrito Walter Ong: "La escritura hace que las palabras parezcan semejantes a las cosas porque concebimos las palabras como marcas visibles que señalan las palabras a los decodificadores: podemos ver y tocar tales "palabras" inscritas en textos y libros [...] La tradición oral no posee este carácter de permanencia. Cuando una historia oral relatada a menudo no es narrada de hecho, lo único que de ella existe en ciertos seres humanos es el potencial de contarla", *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 20.

²¹ Como señala Mágina Russotto, "su delicada atención hacia el sentido de los detalles de la vida familiar en la colonia, que hasta la década pasada era suelo intocado y «reinado sin crónica ni cronista de las mujeres»; su natural desconfianza hacia lo altisonante del discurso oficial [...] su intimidad precursora con la cultura de conventos; su libertad y agudeza críticas y, en fin, la sutileza de sus interpretaciones, la convierten en una figura paradigmática de nuestro feminismo irónico, ilustrado y de actitud defensiva, de las primeras décadas del siglo", *op. cit.*, p. 35.

²² El texto de esta conferencia corresponde, con diversas modificaciones, a la que la autora leyó en *La Habana*. Al respecto hay divergencia de precisión entre este dato y la cronología de Velia Bosh, quien afirma que dicha conferencia sobre Bolívar fue leída por Teresa en *La Habana* en 1927 cuando asistió como invitada al Congreso de la Prensa Latina (Cf. Cronología", en Velia Bosh, Teresa de la Parra ante la crítica, Caracas, Monte Ávila Editores, 1982, p. 236. Id. En "Cronología", Teresa de la Parra, *Obra*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 714). Sobre la refutación que hace María Fernanda Palacios, véase la nota 1a la tercera conferencia, en *Obra escogida*, edic. cit., pp. 95-96.

²³ En sus reseñas biográficas y cronologías, los autores no dejan pasar este dato, que sólo se quedó en proyecto.

Referencias bibliográficas

a) Directa:

Parra, Teresa de la, *Cartas*, prolog. de Mariano Picón-Salas, Caracas, Ediciones Garrido, 1961.

———, *Ifigenia*; Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba, pról. Francis de Miomadre, París, Editorial Franco-Iberoamericana, 1924, xv, 523 p.

———, "Influencia de la mujer en la formación del alma americana", en *Obra escogida*, prolog. de María Fernanda Palacios, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, t. 1, pp. 16-97.

———, *Mémoires de Maman Blanche*, trad. Francis de Miomadre, París, Librarie Stock, 1929, xi, 223 p. (Le Cabinet Cosmopolite; 36).

———, *Las memorias de Mamá Blanca*, París, Editorial Le Livre, 1929, 285 p.

———, *Obra Narrativa, ensayos, epistolario*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.

———, *Obras completas*, Caracas, Editorial Arte, 1965.

———, *Obra escogida*, prolog. de María Fernanda Palacios, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (2 tomos).

b) Indirecta:

Block de Behar, Lisa, *Una retórica del silencio. Funciones del lector y procedimientos de la lectura literaria*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1994.

Bohórquez, Douglas, *Teresa de la Parra. Del diálogo de géneros y la melancolía*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana-CDCHT Universidad de Los Andes, 1997.

- Bosh, Velia (selección, prólogo y cronología), *Teresa de la Parra ante la crítica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1982
- Ong, Walter, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Russotto, Mária, *Tópicos de retórica femenina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1990.
- Sánchez Aguilera, Osmar, "Escrito al margen: *Ifigenia*", *Iztapalapa, Revista de ciencias sociales y humanidades* (México), núm. 37, jul-dic, 1995, pp. 129-140.